



**Olivia
Laing**

Un libro sobre la libertad

**Todos
los
cuerpos**

PAIDÓS

Olivia Laing

Todos los cuerpos

Un libro sobre la libertad

Traducción de
Montserrat Asensio Fernández

PAIDÓS Contemporánea

Título original: *Everybody*, de Olivia Laing
Publicado originalmente en inglés por Picador, un sello editorial
de Pan Macmillan

1.ª edición, abril de 2022

© Olivia Laing, 2021
© de la traducción, Montserrat Asensio Fernández, 2022
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2022
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3927-1

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 3.639-2022

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como
papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea
éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso
previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser
constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

1. Una máquina liberadora	15
2. La enfermedad	31
3. Actos sexuales	83
4. En peligro	131
5. Una red radiante	179
6. Celdas	225
7. Bloque o enjambre	271
8. 22nd Century	315
<i>Notas</i>	345
<i>Bibliografía</i>	363
<i>Agradecimientos</i>	379
<i>Lista de ilustraciones</i>	383

Este libro trata de cuerpos en peligro y del cuerpo como una fuerza para el cambio. Comencé a escribirlo durante la crisis de refugiados de 2015 y lo terminé justo cuando se empezaba a informar de los primeros casos de COVID-19. La nueva plaga ha revelado el aterrador alcance de nuestra vulnerabilidad física, mientras que el movimiento global Black Lives Matter del último año sugiere que la larga lucha por la libertad aún no ha llegado a su fin.



1

Una máquina liberadora

El último día del siglo xx, vi un anuncio en una herboristería de Londres. Era de color rosa, con un marco de corazones entrelazados dibujados a mano, y proclamaba con audacia que todos los síntomas, desde los dolores de cabeza hasta los resfriados pasando por la depresión, se debían a que la energía de los traumas pasados había quedado bloqueada. Añadía que la psicoterapia corporal podía desbloquear esa energía y conseguir que fluyera de nuevo. Aunque sabía que se trataba de una afirmación como mínimo polémica, me cautivó la idea de que el cuerpo fuera una especie de almacén de malestar emocional. La intensa sensación de que albergaba algo en mi interior, de que había quedado atrapada en una desdicha misteriosa cuyo origen preciso se me escapaba, me había acompañado desde la infancia. Cuando alguien me tocaba, me ponía rígida y me estremecía, como el resorte de una ratonera.

Había algo encerrado dentro de mí y estaba ansiosa por ayudarlo a salir.

Anna, la terapeuta, trabajaba en una habitación pequeña y oscura en la planta superior de su casa. Aunque en un rincón había una camilla de masaje de aspecto profesional, la impresión general era de una domesticidad abrumadora y gris. Proliferaban los cojines con volantes. Mi butaca estaba frente a una estantería repleta de muñecas y juguetes procedentes de tiendas de segunda mano que aguardaban a ver qué papel desempeñarían en la siguiente pantomima Gestalt. A veces, Anna cogía un mono sonriente y se lo llevaba al pecho mientras hablaba de sí misma en tercera persona con una voz aguda e infantil. Yo no quería seguirle el juego y hacer como si la silla vacía contuviera a uno de mis familiares ni darle una paliza a uno de los cojines con un bate de béisbol. Era demasiado tímida y dolorosamente consciente de mi propio sentido del ridículo y, a pesar de que las payasadas de Anna me avergonzaban, tenía claro que ella habitaba una libertad a la que yo no podía acceder.

Cuando podía, le sugería que sustituyéramos la charla por un masaje. No era necesario que me desvistiera del todo. Anna se colgaba un fonendoscopio y masajeaba con suavidad zonas dispares del cuerpo, sin «amasar», sino como si quisiera ordenar directamente a los músculos que se destensaran. De vez en cuando se inclinaba sobre mí y escuchaba, con la campana del fonendoscopio presionada sobre mi abdomen. La mayoría de las veces sentía una especie de energía que me recorría el cuerpo, avanzaba por el abdomen y descendía por las piernas, donde sentía un cosquilleo que me hacía pensar en tentáculos de medusa.

Era una sensación agradable, no precisamente sexual, sino como si un tapón obstinado se hubiera desbloqueado. Nunca lo mencioné y ella nunca me preguntó, pero formaba parte de por qué seguía volviendo: para experimentar ese cuerpo vivo y vibrante recién descubierto.

Cuando empecé a ver a Anna tenía veintidós años y el cuerpo se había convertido en mi interés principal. Cuando se habla del cuerpo, sobre todo en la cultura popular, se hace en referencia a un conjunto de temas muy concretos, que por lo general aluden a su aspecto o a cómo mantenerlo en el cénit de la salud. El cuerpo como un conjunto de superficies de aspecto más o menos agradable. El cuerpo perfecto e inalcanzable, tan liso y reluciente que es prácticamente extraterrestre. Qué darle de comer, cómo acicalarlo, las múltiples maneras en que nos puede decepcionar y no encajar o no estar a la altura. Sin embargo, el elemento del cuerpo que me interesaba era la experiencia de vivir en su interior, de habitar un vehículo tan catastróficamente vulnerable, tan inconsistentemente sujeto al placer y al dolor, al odio y al deseo.

Había crecido en una familia homosexual en la década de 1980, bajo el maligno decreto del artículo 28, una ley homófoba que prohibía que las escuelas enseñaran «la aceptabilidad de la homosexualidad como una supuesta relación familiar».¹ Saber que el Estado consideraba así a tu propia familia suponía recibir una poderosa lección acerca de las posiciones jerárquicas que ocupan los cuerpos en función de su valor y acerca de cómo ven sus libertades privilegiadas o reprimidas en función de atributos más o menos inevitables, como el color de la piel o la sexualidad. Cada vez que iba a terapia, sentía el legado de ese periodo

en mi propio cuerpo, como nudos de vergüenza, de miedo y de ira que eran muy difíciles de expresar, no digamos ya de aflojar.

Sin embargo, si mi infancia me enseñó que el cuerpo es un objeto cuya libertad se ve limitada por el mundo exterior, también me enseñó que es, en sí mismo, una fuerza para la libertad. Acudí a mi primer Orgullo Gay cuando tenía nueve años, y la sensación de todos esos cuerpos marchando sobre el puente de Westminster también halló refugio en mi interior, una sensación somática distinta a todo lo que había experimentado hasta entonces. Me pareció obvio que la manera de cambiar el mundo era sacar cuerpos a la calle. Ya adolescente y aterrada por el inminente apocalipsis del cambio climático, comencé a asistir a manifestaciones y me sumergí de tal modo en el movimiento de acción directa por el medioambiente que dejé la universidad y me mudé a una casa en un árbol de un bosque de Dorset que iban a talar para construir una carretera nueva.

A pesar de que me encantaba vivir en el bosque, usar mi propio cuerpo como herramienta de resistencia me resultaba tan penoso como embriagador. Las leyes cambiaban sin cesar. La policía se había vuelto más agresiva y varios de mis conocidos se enfrentaban a largas penas de prisión por el nuevo delito de allanamiento agravado. La libertad tenía un precio, y me parecía que ese precio también era corporal, con la pérdida de la libertad física como amenaza omnipresente. Acabé quemada, como muchos otros activistas. En el verano de 1998, me senté en un cementerio de Penzance y rellené la matrícula para un grado en fitoterapia. Cuando empecé a ver a Anna, estaba en el segundo año de formación.

Aunque entonces lo desconocía, el tipo de terapia que Anna practicaba tenía su origen en la década de 1920. La había desarrollado Wilhelm Reich, uno de los pensadores más excéntricos y clarividentes del siglo xx, un hombre que dedicó su vida a entender la incómoda relación entre el cuerpo y la libertad. Durante un tiempo, Reich fue el discípulo más brillante de Freud («*der beste Kopfe*», la mejor mente del psicoanálisis). Como joven analista en Viena después de la Primera Guerra Mundial, comenzó a sospechar que sus pacientes arrastraban sus experiencias pasadas y que las cargaban en el cuerpo, donde almacenaban el dolor emocional como una tensión que él comparaba con una coraza. A lo largo de la década siguiente, desarrolló un sistema de psicoterapia nuevo y revolucionario basado en el cuerpo y que centraba la atención en la postura de los pacientes. «Escuchaba, observaba y, entonces, tocaba, hurgaba y sondeaba»,² recordaría luego su hijo Peter. «Tenía un instinto asombroso para detectar en qué lugar del cuerpo se habían congelado los recuerdos, el odio, el miedo.» Para sorpresa de Reich, la liberación emocional solía venir acompañada de una agradable sensación a oleadas a la que llamó «corrientes». Era la misma sensación inconfundible que yo había experimentado en la butaca de Anna.

Muchos de los pacientes a los que Reich atendía en Viena eran de clase trabajadora y, a base de escuchar sus historias, se dio cuenta de que los problemas que referían, el malestar psicológico, no eran consecuencia únicamente de las experiencias vividas durante la infancia, sino también de factores sociales como la pobreza, las malas condiciones de las viviendas, la violencia familiar y el desempleo.

Era evidente que las personas estaban sometidas a fuerzas intensas que podían causar tanto o más dolor que el objeto de interés principal para Freud, la familia. Reich, que nunca se dejó amilanar por lo abrumador de las empresas que acometía, dedicó los años de entreguerras a intentar fusionar dos grandes sistemas de pensamiento con el objetivo de diagnosticar y tratar la infelicidad humana y quiso transformar las obras de Freud y de Marx en un diálogo productivo, para gran desazón de los seguidores de uno y de otro.

El sexo siempre había sido clave en su concepto de libertad y, en 1930, Reich se trasladó a Berlín, una ciudad al límite, atrapada entre dos desastres y donde, de la destrucción que la guerra había dejado tras de sí, habían surgido múltiples ideas nuevas en relación con la sexualidad. Reich creía que liberar la sexualidad de siglos de represión y de vergüenza cambiaría el mundo, pero sus actividades en Berlín se detuvieron abruptamente cuando Hitler ascendió al poder en la primavera de 1933. Exiliado en Dinamarca, ese mismo otoño escribió *Psicología de masas del fascismo*, un fascinante análisis de cómo Hitler había usado la ansiedad sexual inconsciente, incluido el miedo a la infección y a la contaminación, para avivar el antisemitismo.

El primer libro de Reich que leí fue *People in Trouble*, donde plasmaba sus experiencias políticas en Viena y en Berlín. Encontré un ejemplar en un mercadillo dominical que prosperó en el aparcamiento de la estación de Brighton en los noventa y lo compré porque compartía título con una novela que me encantaba. Aunque se había escrito en los años cincuenta, resonó con los recuerdos de mi implicación en el activismo, con la emoción y la frustración de

intentar agitar para promover el cambio político. A diferencia de Freud, Reich no escribía prosa bella y sus argumentos tampoco eran tan disciplinados ni comedidos. Si bien sonaba presuntuoso e incluso paranoico con frecuencia, hablaba con una urgencia que me emocionaba. Era como si escribiera desde el campo de batalla, encorvado sobre su libreta, esbozando posibilidades en las que lo ponía todo en juego para ampliar la libertad en la vida de personas reales.

Sus ideas me parecieron tan relevantes para mi época que no alcanzaba a entender cómo era posible que no hubiera oído hablar de él hasta entonces, ya fuera en los círculos de activismo o durante mi formación. Hasta mucho después no entendí que si no se le respeta más o si no se habla más de él es porque los excesos de la segunda mitad de su vida asfixiaron a la primera. Las ideas incisivas y radicales sobre sexo y política que desarrolló en Europa antes de la guerra han quedado prácticamente sepultadas bajo las ideas mucho más temerarias que desarrolló en sus años de exilio, que van desde teorías pseudocientíficas acerca de la enfermedad a un cañón espacial que controla la meteorología.

Cuando Reich emigró a Estados Unidos en 1939, no se asentó como psicoanalista o activista, sino como científico, aunque con un marcado desinterés por la revisión por pares, el campo de pruebas de todo avance en la ciencia. Poco después de su llegada, afirmó que había descubierto la energía universal que insufla vida a los seres animados. La llamó «orgón» y, en el laboratorio de su casa en Nueva York, desarrolló una máquina para aprovechar su poder curativo. Dadas las consecuencias que tuvo para su crea-

dor, resulta irónico que el aparato de curación universal fuera una caja ligeramente más pequeña que una cabina telefónica en la que el paciente se sentaba en un autoconfinamiento señorial.

Reich creía que el acumulador de orgón podía automatizar el proceso de liberación y obviar así la laboriosa necesidad de la terapia personal. También esperaba que curara enfermedades, en especial el cáncer. Esta última afirmación provocó una investigación periodística que lo puso en el punto de mira de la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA, por sus siglas en inglés) y que dio lugar a una investigación de casi una década de duración sobre la eficacia médica del acumulador de orgón. El 7 de mayo de 1956, Reich fue condenado a dos años de prisión por negarse a dejar de vender su invento. El año siguiente lo enviaron a la penitenciaría de Lewisburg, en Pensilvania.

El chiflado del orgón: ¡ese era Reich! No había relacionado las dos cosas. De adolescente, había estado prendada de William Burroughs y, de joven, Burroughs había estado obsesionado con Reich. Sus cartas de los años cuarenta y cincuenta están repletas de referencias a Reich y a sus cajas de orgón. El centelleo azul de la energía del orgón y el «vibrante zumbido silencioso del bosque profundo y los acumuladores de orgón»³ conforman la penetrante atmósfera de todos sus libros y contribuyen al escalofrío apocalíptico, al «mensaje del orgasmo recibido y transmitido».⁴ Como muchas otras figuras de la contracultura, Burroughs se construyó su propio acumulador de orgón. De hecho, la primera vez que vi uno fue en 1993, cuando Kurt Cobain probó el oxidado acumulador que se alzaba en el jardín de

Burroughs en Kansas. Lo fotografiaron saludando por una especie de escotilla en la puerta: un astronauta melancólico atado a la Tierra, congelado en el tiempo seis meses antes de suicidarse. Cada vez que veía esa fotografía, parecía condenar retroactivamente a Reich como un fraude sin remedio.

No volví a Reich hasta el desolador 2016. Durante los años anteriores, el cuerpo se había convertido de nuevo en un campo de batalla y dos temas en especial habían llegado a un punto álgido: la crisis de los refugiados y el movimiento Black Lives Matter. Los refugiados viajaban a Europa a bordo de barcas agujereadas desde regiones que habían quedado claramente destruidas, y otra gente expresaba su convicción de que se trataba de aprovechados y ladrones, seguida del deseo de que se ahogaran. A los que conseguían sobrevivir a la travesía del Mediterráneo los encerraban como a ganado en campos de los que probablemente no escaparían nunca. La extrema derecha usó la presencia de esos cuerpos desesperados para ganar poder en Europa, mientras que en el Reino Unido se convirtieron en los protagonistas de la campaña xenófoba y alarmista del Brexit.

Mientras, en Estados Unidos, en 2013 nació el movimiento Black Lives Matter como respuesta al veredicto exculpatorio del asesinato de Trayvon Martin, un adolescente negro desarmado a quien un varón blanco había matado. Durante los años siguientes, Black Lives Matter siguió protestando por el asesinato continuado de hombres, mujeres y niños afroamericanos a manos de la policía: por vender

cigarrillos, por jugar con una pistola de juguete, por intentar sacarse el carné de conducir o mientras dormían en su propia casa. El 8 de noviembre de 2016, cuando parecía inevitable que las manifestaciones celebradas en Ferguson, Los Ángeles, Nueva York, Oakland, Baltimore y todo el país promovieran un cambio, Donald Trump, que apenas disimulaba su supremacía blanca, obtuvo los votos suficientes para convertirse en el 45.º presidente de Estados Unidos.

La mala noticia de la diferencia corporal volvía a ser omnipresente. Periódicos y políticos de países que hasta hacía poco habían sido bastiones de la democracia liberal articulaban palabras y frases que solo una década antes habrían resultado inconcebibles. Varios estados de Estados Unidos restringieron o prohibieron el derecho al aborto, mientras que en Irlanda se aprobaba. En Chechenia, encerraban a hombres gais en campos de concentración en lo que se describía eufemísticamente como «acción profiláctica». El derecho a amar, a emigrar, a manifestarse para protestar, a reproducirse o a negarse a reproducirse se estaba cuestionando casi con tanta ferocidad como en la época de Reich.

Empezaba a parecer que los grandes movimientos de liberación del siglo xx estaban fallando, que las victorias del feminismo, de la liberación homosexual y del movimiento por los derechos civiles se estaban anulando una a una (asumiendo que hubieran existido en algún momento, claro está). Yo misma había crecido sumida en algunas de estas luchas, pero nunca se me habría ocurrido pensar que ese progreso tan lento y doloroso se podía echar por tierra tan rápidamente. Todas esas luchas habían compar-

tido el deseo de transformar el cuerpo de objeto de estigma y vergüenza en fuente de solidaridad y de fuerza, capaz de exigir y de lograr el cambio.

Este había sido siempre el objeto de estudio de Reich y, a medida que mi propia era se iba haciendo más turbulenta, me atormentaba la sensación creciente de que su obra contenía algo fundamental que aún no se había aprovechado. Era como si sus ideas fueran cápsulas del tiempo, medio enterradas en la historia pero aún vibrando de vida. Quería desenterrarlas y rastrear su legado a la luz parpadeante del siglo XXI. Reich quería entender el cuerpo: por qué es tan difícil de habitar, por qué queremos escapar de él o dominarlo, por qué sigue siendo, aún hoy, una fuente de poder brutal. Estas preguntas me consumían a mí también y conformaron muchas fases distintas de mi vida.

Aunque la pseudociencia de la teoría del orgón me horrorizaba, me empecé a preguntar si no habría algo que aprender también del descenso a los infiernos de Reich. Había luchado por la emancipación corporal durante toda su carrera y, sin embargo, acabó encerrado en una celda y desequilibrado por la paranoia, un fin que comparten muchas personas implicadas en movimientos por la libertad. Pensé que su atormentada vida trazaba un patrón que resultaba esclarecedor en sí mismo. ¿Por qué su trabajo había descarrilado de un modo tan catastrófico? ¿Qué nos decía eso acerca de esas luchas más amplias en las que había desempeñado un papel tan dinámico y apasionado? Sentí que, en estos nuevos momentos de crisis, entender sus fracasos era tanto o más importante que entender sus ideas más fértiles.

Resultó que la influencia de Reich era mucho más sóli-

da de lo que me había parecido en los noventa. Fue él quien acuñó las expresiones «política sexual» y «revolución sexual», aunque lo que él deseaba se acercaba más al hundimiento del patriarcado capitalista que el amor libre facilitado por la píldora de los años sesenta. Según Andrea Dworkin, una de las muchas feministas que se inspiró en su obra, era «el más optimista de los liberacionistas sexuales, el único varón que de verdad repudiaba la violación». ⁵ James Baldwin y Susan Sontag leyeron a Reich. Incluso tuvo un renacimiento en la cultura popular. La canción «Cloudbusting» de Kate Bush inmortaliza su larga batalla legal sobre el acumulador de orgón, con su insistente estribillo «*I just know that something good is going to happen*» ⁶ («Sé que va a suceder algo bueno»), que transmite la cualidad utópica de sus ideas.

Aunque su vida, registrada en la biografía tan brillante como perturbadora *Adventures in the Orgasmatron* de Christopher Turner, me fascinaba, lo que más me cautivaba de Reich era el modo en que había ejercido de conector y reunido muchas facetas distintas del cuerpo, como la enfermedad, el sexo, la protesta o la prisión. Esos eran los temas con los que me identificaba y que quería explorar, y por eso lo convertí en mi guía mientras hacía un recorrido por todo el siglo xx para entender las fuerzas que aún hoy moldean y limitan la libertad corporal. Por el camino conocí a muchos otros pensadores, activistas y artistas, algunos de los cuales bebían directamente de la obra de Reich, mientras que otros habían llegado a las mismas conclusiones por rutas muy distintas.

Reich me llevó primero a la enfermedad, la experiencia que más nos obliga a tomar conciencia de la naturaleza de

nuestro cuerpo, de nuestra permeabilidad y mortalidad, una revelación que la pandemia de COVID-19 pronto haría evidente en todo el mundo. Una de las teorías más controvertidas de Reich es que la enfermedad tiene sentido. Esa fue la crítica que Sontag le hizo en *La enfermedad y sus metáforas* y, sin embargo, cuanto más descubría ella acerca de su propia experiencia con el cáncer de mama, más me parecía que la realidad de la enfermedad en nuestras vidas es mucho más personal y compleja de lo que Sontag estaba dispuesta a admitir por escrito. Tal y como manifestó en el diario que escribió en el hospital: «Mi cuerpo habla más alto y con más claridad de lo que yo he hablado nunca».⁷

Si bien no estoy de acuerdo con Reich cuando afirma que el orgasmo puede derribar el patriarcado o detener el fascismo (tal y como Baldwin dijo sin rodeos en un ensayo sobre Reich, «las personas entre las que crecí tenían orgasmos continuamente, pero no por ello dejaban de cortarse con navajas los sábados por la noche»),⁸ sus escritos acerca del sexo me llevaron al Berlín de Weimar, el lugar de nacimiento del movimiento de liberación sexual moderno, cuyos múltiples logros parecen cada vez menos garantizados. Aunque Reich tenía una fe enorme en la capacidad liberadora del sexo, la libertad sexual no es una cuestión tan sencilla como a veces nos gustaría creer, porque comparte frontera con la violencia y con la violación. Pensar en los aspectos menos cómodos del sexo me llevó a la artista cubana-estadounidense Ana Mendieta, a la feminista radical Andrea Dworkin y al marqués de Sade, tres personas que han cartografiado una de las regiones más difíciles de la experiencia corporal, ahí donde el placer se cruza con y es suplantado por el dolor.

Por extravagantes que fueran muchas de las teorías que Reich desarrolló en sus últimos años, es evidente que su batalla contra la FDA y su posterior encarcelamiento no son ajenos a las cuestiones a las que se había enfrentado durante toda su vida. ¿Qué significa la libertad? ¿Para quién es? ¿Qué función desempeña el Estado en la protección o restricción de la libertad? ¿Es posible alcanzarla reivindicando los derechos del cuerpo o, como creía la pintora Agnes Martin, negando el cuerpo por completo? Es muy posible que la máquina liberadora de Reich no curara ni el cáncer ni el resfriado común, pero sí que denunció un sistema de control y de castigo que permanece invisible hasta que se transgrede de algún modo.

Su encarcelamiento en la penitenciaría de Lewisburg me llevó a la paradójica historia del movimiento de la reforma penitenciaria, así como a las ideas radicales de Malcolm X y Bayard Rustin. A su vez, ellos me abrieron la puerta al mundo de la protesta y del activismo político, a la lucha corporal por un mundo mejor. Ahí encontré al pintor Philip Guston, que documentó las formas grotescas y caricaturizadas de quienes intentan limitar la libertad, además de a la cantante y activista Nina Simone, que dedicó su vida a intentar expresar la sensación de libertad, el sueño definitivo de Reich.

Como todas esas personas, Reich quería un mundo mejor y, además, creía que era posible. Opinaba que lo emocional y lo político ejercían un impacto continuado sobre el cuerpo humano y que ambos se podían reorganizar y mejorar, de modo que fuera posible recuperar el Edén, incluso a estas alturas. El cuerpo libre: qué idea tan maravillosa. A pesar de lo que le sucedió y a pesar de lo

que les estaba sucediendo a los movimientos en los que había participado, aún podía sentir ese optimismo vibrar a través de las décadas: el cuerpo rebosa de poder y, lo que es más, ese poder no es a pesar de, sino gracias a sus vulnerabilidades manifiestas.

